



MARCA  
REGISTRADA

## EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.  
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.  
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

### SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

EZBQUIEL ENDÉRIZ

Mátame.

CARLOS MIRANDA

Estrellas con rsbo.

RUIZ RUANO

La primera travesura.

JOAQUÍN BELDA

Donde menos se piensa...

RODOLFO GUILLAMÓN

¡No me beses!

FERNANDO MORA

En el café de San Millán.

ENRIQUE BOHORQUES

Epílogo.

TOMÉ HERNÁNDEZ

Letrillas clásicas galanas.

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

Pasionata.

TOVAR, DEMETRIO Y CIRIA

Varios dibujos y retrato de

La Verna.

### LA VERNA

Notabilísima cantante italiana.



**5** cénts.

# SECCION VERMOUTH

**Y**a están ahí. Este año, vienen antes que el gordo, que el pavo y el turrrón de almendras que suelen ser sus heraldos. El sábado pasado comenzaron en el Teatro de la Zarzuela, con sus habaneras cadenciosas y sus chotis de rotación. La empresa no ha querido dormirse y ha comenzado tempranito para que los sacerdotes y las sacerdotisas de Terpsicore puedan dedicarse con tiempo al ejercicio del culto.

A mí me ha parecido de perlas la resolución y si la opinión que yo diera sirviese de algo, los bailes de Máscara debían co-

menzar en Julio, por ejemplo, que hace mucho mejor tiempo y no hace falta tanta ropa como ahora. Siempre he sido partidario entusiasta de que el Carnaval, enviando á paseo los preceptos del calendario, debía celebrarse en plena Canícula, y así las edeliscas, las esclavas, las bebés y demás aficionadas á los disfraces vaporosos podrían entregarse á ellos con entera libertad y sin temor al catarro. A buen seguro que entonces habría por esas calles una nube de niñas lloronas en su verdadera y sencilla indumentaria, que se preste mucho para que todas estén de lo más monas, completamente más monas.

Pero mientras esto llega, nos conformaremos con que los bailes de máscara hayan comenzado en los primeros días de Diciembre, con lo cual durante dos meses largos podremos entregarnos al dulce momento público, sin perjuicio del privado que por clasificación nos corresponda como consecuencia obligada del primero.

La Zarzuela antigua fué un gran campo de operaciones de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nosotros mismos. Aquellos palcos lindos y aquellos antepalcos más lindos todavía, fueron testigos mudos de muchas páginas de la vida real. ¡Cuántos himnos á la Naturaleza, se entonaron en aquellos divanes forrados de suave terciopelo rojol! ¡Quién suave lo que dirían si pudiesen hablar!

Mas ¡ay! el fuego concluyó brutalmente con los divanes, con las chinchas que tenían los divanes, y con las huellas indelebles que ofrecían los divanes. Pero no *avanguemos*.

Reconstruído, ha estado un año completamente virgen de la profanación terpsicoriana. El sábado perdió su virginidad el templo y probablemente alguien más que el templo. Ya lo tienen ustedes completamente profanado y abierto á la voracidad de los especialistas en tandas desde la primera tanda, que es la más fría, hasta la tanda de bofetadas que suele ser en



*Ella.*—¿Y en qué has conocido que el marqués está por mí?

*El camarero.*—En que ayer, ó estaba muy bueno el café, ó le gustas mucho, porque te miraba de reojo y al mismo tiempo lamía el plato.

*Ella.*—¡Pues si lamía el plato, no digas más!

## UNA IMPOSICION ARBITRARIA

(SUCEDIDO)



El empresario (que es un señor muy serio y no quiere emplear la palabra «molinete»).—Cuando baile usted la danza, no haga eso... del vientre.

el último descenso ó sea cuando todo el mundo está caliente y que tiene como consecuencia otra tanda que no figura oficialmente en el programa: la *t'anda* buscando la «poli» para llevarse á la Comisaría, cosa muy lógica porque ¿comi-saría un baile de máscara sin broncas finales?

El teatro recién ofrecido al disfrute de la agitación de Momo danzarán, está la mar de Momo y ya el otro día hubo bastantes momas, reinando la más franca alegría y demostrándose que si allí por la noche fracasan los estrenos, de madrugada son un éxito completo y eso que es muy difícil en los tiempos que corremos tropezarse con un estreno en un baile de máscara, porque por lo general, resulta máscara, pero nada más.

Inaugurados ya los de la Zarzuela, vendrán enseguida los del Lírico, que hasta ahora venían monopolizando el espectáculo, y á fuer de algo práctico en la materia declaro que es la verdadera tía Ja-

viera de la especialidad. Los antepalcos del Lírico, son un oasis para eso de la «divangación» de que antes hablábamos.

Es un teatro construido á lo grande, sin ahorros de centímetros en el local. Y si no fijense ustedes y observarán que aquellos recatados si que también espaciosos departamentos se puede uno tumbar á la bartola impunemente, siempre, claro está, que la Bartola sea tan complaciente que se preste á ello.

Después de todo, y aparte de la comodidad, no se hace más que demostrar que es un excelente «amateur» de la música, que según los sibaritas se debe escuchar tendido. Y como un baile no puede existir sin que se toque algo, de ahí que todo el mundo, músicos y danzantes, se dedique al ídem.

Y si en el sexo feo los hay prácticos, en el secreto de gozar de la música, como aconsejan los inteligentes, ó sea oyéndola en posición horizontal, en el otro sexo las



El.—¡Pero, chica, que no veol ¿Te has sentado encima de mi cabeza?

hay que ponen cátedra á fuerza de costumbre.

Y algunas se han acostumbrado tanto y están ya tan familiarizadas con las obras que se ejecutan y en la postura de «dilettantis» que adoptan, para retenerlas bien, que cuando llega la pieza á todo su desarrollo musical, como se la tienen sabida de memoria, se ponen tranquilamente á



*Ella.*—Yo le agradeceré eternamente que se estrene esta misma semana.

*El empresario.*—Por usted lo haría gustoso, pero la piececita de su marido es una cosa sin importancia que hace la cuarta en el número de orden.

*Ella (mimosa).*—Pues en un teatro una pieza que hace la cuarta, no es una cosa sin importancia.

leer las «Quejas del vecindario» que coloca á sus lectores el *Heraldo*.

Y aun yo sé de alguna que, además de sacerdotisa de Terpsícore, es rentista del Estado, que cuando usted está entusiasmado con el más supremo pasaje de la composición que se ejecuta, le pregunta con voz entrecortada por la emoción:

—Oye... ¿á cómo ha quedado hoy el Amortizable?

### Un pequeño REPORTEK

## Mátame

Que la brasa loca  
de tus labios rojos  
maten lentamente  
á tu pobre preso...

Bésame en la frente  
bésame en los ojos,  
bésame en la boca...  
¡méntame de un besol!

Ezequiel ENDÉRIZ

### MADRID CHULESCO

## Estrellas con rabo

—Te digo que la niña hace su suerte, y nosotros también, con la combina.

—Prefiero verla muerta, Saturnina, que con ese señor.

—¡Es cosa fuerte!... Muérete tú y verás.

—¡Antes la muerte!

—Lo que es que tú no chanas un pitche de estas cosas. ¿Qué quíes? ¿Que toá la noche la pase en el foyer, por seis pesetas que gana de jornal ú de estipendio?... Pues si eso no es vivir con vilipendio, tú eres una novicia. ¡Que te coste!

—¡Miá que no tengo ganas de indiretas!

—Pues ¿qué quíes? ¿Que eche mano de las tretas que Dios la ha dao pa convencer á un poste, soportando un porción de cuchufletas sin poer contestar oste ni moste?... ¿Que se queme el galillo ú el gznate, con cótels, pipermines y anisetas, y se tome después un chocolate con bollos, ensaimás ú picatoste?

—¡Basta de discusión ú contraversial La chica no se va, manque te empeñes, ni al prencipao de Mónaco ni á Persia, ni á nengún otro lao... ¡Que no lo sueñes!

—¿Y que siá una de tantas cursilonas del Edén, y que ignore toá su vida cómo se ha de rozar con las personas, y que le dé la coba á quien convida, y que esté es-puesta allí como las monas de la Casa de fieras del Retiro?... ¿No es eso lo que piensas, Edelmiro?

—¿Quéis saber lo que pienso?

—¡Qué matracal

—Pues lo vas á saber; y no me saca de mis trece ni Dics, ¡pa que te enteres!... Tal vez haiga en el arte otras mujeres más bonitas, con mucho, que mi Paca; pero á honrá no la gana ni una cría que acabe de nacer. Tú eres su tía por parte de su agüela, que esté en gloria, como yo soy su tío por la tuya; mas la quió cual si fuese cosa mía. Conque ¡á ver quién se sale con la suyal... Demasiao sabes tú cuál es la historia, porque la habrás grabao en tu memoria. Cuando murió la madre de la chica, te encargaron á ti de su laztancia y mí de su instrucción. Así se explica que, por tu parte, se haiga criaó robusta; y, por la mía, honrá, pues me disgusta tó lo que puá goler á golferancia.

—Güeno, sigue. Y ¿qué más?

—Como el oficio del planchao, que tú, no da (ya sabes) pa vivir; y las ch de servicio se hallan espuestas siempre un estropicio que tió, á su tiempo, consecuecias graves; y otras labores propias de su seso son las más de las veces un recurso pa que se mueran de asco las mu-

jeris, lo mismo en obradores que en talleres...

—¿Aónde vas á parar con el discurso?

—No me intorrumpas, Sátur, en el curso de la conversación... Pues la metimos á cantante, chanteuse ú cupletista (que de las tres maneras lo decimos los que tenemos pupilaje ú vista); y, después de enseñarla en el solfeo *Las hijas del señor de Zebedeo* y aquel tango de no sé cuál revista, debutó en el cinini de Melquiades, en donde hizo la mar de atrocidades con la voz y llevó más ovaciones que dan de cañamones por un duro... ¡Y ya ves si darán de cañamones!... Con lo cual que salimos del apuro de educar á la chica, mayormente. ¿Que allí la daban poco? Bien; ¡corrientel Yo dije que el Edén; y allí está ahora ganando sus seis pelas tós los días por cantar, á lo sumo, un cuarto de hora.

### CHISTE SOSO



—Se creía mi marido que yo era tonta y que no me daría cuenta de que derrochaba el dinero; pero he puesto mano sobre él y lo tengo bien cogido.

## LAS POBRES CHICAS



*La doncella.*—¿Y qué tal te encuentras en esa casa?

*La cocinera.*—Te diré: es el señorito solo, pero me da mucho que hacer.

*La doncella.*—Pero la comida será buena.

*La cocinera.*—¡Bah, se le una con la tripa llena!

¡Con que ven con remilgos y aspavientos!...

—¡Gran puñao son tres moscas!

—¿Qué querías? ¿Que devengase igual que la Barrientos, cuando está en los primeros rudimentos del arte?

—Yo no pido gollerías; pero si ese señor que la pretende se quíe ir con ella manque siá hasta el Congo, no debes de oponerte.

—Pues me opongo, ¡porque lo que es la Paca no se vende como *Sául* por un plato de judías!

—Míá, Edelmiro, no pienses tonterías. Las que cantan cuplés, ¿no son estrellas? Pues el brillar es el oficio de ellas, ¡y ná hay que brille más que los brillantes!

—¿Pero no sabes tú que las errantes no relucen ná más que en el estío, y que (lo dice un sabio amigo mío) son almas de mujeres incostantes que caminan sin rumbo en el vacío?... Yo no me desaparto de la Paca, porque pa mí talmente es una hija. Pué ser estrella, pero serlo fija; no una estrella con rabo, ú bien de cola, ¡que ambas cosas no son más que una sola!

—Pues la verdá, Edelmiro, no te alabo el gusto de vivir como un esclavo con lo que ganan servidora y ella, ¡sólo por



*El Pirracas.*—¡Gachó con la Patro qu'elegante va y era lavandera! Si yo tuviera lo que ella...

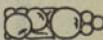
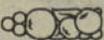


*E'.*—¡Señorita, señorita, que me hace usted cosquillas con el «sprit» en la trompa de Eustaquio! *Ella* (que no le conoce ni sabe lo que es la trompa de Eustaquio).—¡Vaya un guasón, como si tuviera usted la trompa en un oído!...

reparar en si una estrella tié ú deja de tener cola ni rabo!

—Güeno; pues ¡basta ya de contraversial! La chica no se va, manque te empeñes, ni al prencipao de Mónaco, ni á Persia, ni á nengún otro lao... ¡Que no lo sueñes!...

Por los interlocutores,  
Carlos MIRANDA

Leed en EL LIBRO POPULAR  
Historia de una peseta   
 contada por ella misma  
novela completa por  
ANTONIO M. VIÉRGOL

20 céntimos

## La primera ♦ travesura

Don Hermógenes estaba loco de alegría. Al fin... al fin iba á llegar el anhelado día de poder abrazar á su Charito amparado legalmente por el sagrado sacramento del matrimonio. Su trabajo le había costado, porque la chica estaba durilla de pelar; pero como siempre decía,

### MALA INTENCION



—¡Menudos sudores está pasando el regente para ajustar esta plana!

para estas cosas, los viejos y nadie más que los viejos. No en balde había sido empleada su reconocida competencia y

maestría en estos asuntos. Y su cuerpo caduco se estremecía de placer, al pensamiento de encontrarse solo con su nena, animándose momentáneamente sus ojos grises de un fulgor extraño.

La chica era algo traviesa, es verdad, pero lo que le decía la madre con cierto dejecillo de mundana suficiencia: Créame usted, don Hermógenes, estas muchachas de ahora se amoldan á todo aunque haya diferencia de edades. Han nacido en una época de más convencionalismo que la nuestra, sin que sea decir que la muchacha no le quiera á usted, ni mucho menos, pues precisamente estos temperamentos alegres y bulliciosos gustan de su contraposición, esto es, de espíritus serios, formales, como el de usted, pero vamos quiero decirle que en nue tros tiempos, no se hacían estas bodas, había otra manera de pensar, otros principios y la pobre señora no los había tenido ni aun en el cocido.

Charito casi estaba contenta de casarse. Era una morenaza de veintidós años, de ojos negros, retadores. Sus labios, rojos y carnosos, acusaban una exquisita sensualidad, su cuerpo admirable de serpenteantes movimientos, una voluptuosidad seductora.

Estaba un tanto trastornada por Luis, un capitán de artillería, ahijado de su madre y que frecuentaba bastante la casa. Se habían criado juntos y, según decía la mamá, se querían como hermanos, aun cuando pensaba y sabía otras cosas, pero como los cuartos de don Hermógenes eran lo primero, llegó necesariamente el día de la boda y con él su noche, en la que, según malas lenguas, se percibió, durante toda ella, en la alcoba nupcial, el llantear de unos cuantos amorcillos haciendo coro con el dulce roncar de don Hermógenes...

No bien habían dado las siete de la mañana, cuando Charito deslizóse del lecho, con los ojos enrojecidos por el insomnio y envolviéndose entre sedas y encajes, atravesó cautelosamente la alcoba y siguió un largo pasillo, hasta su fin, donde cuchicheó breves momentos con Carmen, su antigua criada y confidente. Hecho esto, volvió á la alcoba con las mismas precauciones y se acostó. Esperó un gran rato, sin atreverse á hacer ningún movimiento por no despertar á su marido. Este seguía roncando como un bendito. Al fin se oyó un leve rumor de pasos y Carmen se asomó á la alcoba y, haciendo una seña, salieron las dos.

Pocos momentos después Charito, nerviosa y palpitante, caía en brazos de Luis en el cuarto de baño.

El, entre beso y beso, medio aturrido y medio gozoso, la decía:

—Pero, chiquilla, esto es una locura... y á esta hora.

Ella, poniéndole el dedo en la boca, le ordenó silencio y dijo, señalando á una puerta que daba acceso á la habitación de Carmen:

—Esa es mi salvación si se despierta, pero no temas, sabe que me baño todos los días y, además, está durmiendo, no vendrá y, loca de deseo, le apretaba contra su pecho con ansia febril.

Por fin despertó don Hermógenes, y encontrándose solo, aunque supuso que su mujer estaría bañándose, le entraron ganas de verla sin ser visto. Cautelosamente llegó al cuarto de baño y miró por el ojo de la cerradura. No podía ver bien el baño pero de vez en cuando oía entrecortados suspiritos, que atribuía al efecto del agua fría, y ya gozaba de antemano con lo que iba á presenciar, cuando su inquieta mirada cayó sobre un sombrero.

—¡Diablo! No es el mío, exclamó. Y, después, vió un abrigo. ¡Caracoles! ¡Tampoco es mío. Y ya descompuesto, dió un débil puntapié á la puerta que no cedió, en vista de lo cual salió precipitadamente pasillo adelante, mientras decía con entrecortada voz ahogado por la rabia.

—¡Ahora me explico la rareza de poner un diván en el cuarto de baño!

Ya salía de su habitación revolver en mano, dispuesto á armar todo el ruido posible, cuando aperció á la doncella que, previamente vestida de hombre, avanzaba hacia él diciéndole:

—¡Por Dios!, señorito, que soy yo, mientras que Charito, echándole los brazos al cuello, le decía mimosa:

—He querido asustarte, vidita. Es mi primera travesura.

Ruiz RUANO



LINDA PERLITA  
Notable cancionista española  
y una muñeca preciosa.

Donde menos El matrimonio de Agustín Antúnez

◆ se piensa... y Rosalía Castronuevo, era un modelo de matrimonios: en tres años que tenía de fecha, ni la más ligera nubecilla había empañado el azul añil cielo conyugal.

Rosalía era una mujer honradísima, enamoradísima de su marido, hacendosísima para la casa... y además guapísima. Rubia, alta, con lo suyo en formas y desniveles hubiera podido figurar como primer premio en un certamen de belleza en que el jurado se equivocase y no diese el premio á la más fea que es lo que ocurre casi siempre.

La honradez de Rosalía era algo más que una virtud: era un heroísmo. Porque ha de saberse que á los dos meses de matrimonio, su marido, á consecuencia de un desafío se quedó sin... vamos sin... alientos para entonar la canción eterna del amor que siempre nos parece nueva á pesar de ser más vieja que el mundo.

Agustín Antúnez vivió en continua zozobra los primeros meses que siguieron al desafío cruento: conocía un poco el corazón humano y temía con razón que lo que fué al principio compasiva efusión de su mujer, no se trocase con el tiempo en desprecio, de fatales consecuencias para su sombrerero, que tendría que darle los sombreros más grandes por



Núm. 5 de «Modelo de piernas».

el mismo precio, por haberle crecido la frente.

Pero se equivocó. Rosalía, con una abnegación de espartana, no sólo se resignó, sino que parecía contenta con su suerte:

—Yo te quiero, te quiero más cada día. Le decía al esposo para desvanecer sus amortiguados temores. Y era verdad: Antúnez pudo convencerse de ello, cuando una noche le vió hacer un marcado gesto de asco á su mujer, al mirar en una revista ilustrada el retrato de cierto cantante que por entonces hacía furor en el Real y que tenía fama de ser más hermoso que don Eduardo Vicenti y Reguera.

Rosalía tenía una amiga íntima: más que amiga era hermana. Se llamaba Carmen, y lo era por lo moreno de su rostro, lo negro de su pelo, y lo florido de todo su ser que era la estatua del amor carnal. Formaba un encantador contraste su figura con la rubia y fina de Rosalía... contraste que el marido de ésta pudo apreciar un día en

toda su desnudez, al sorprenderlas muy juntas, contándose sus intimidades en la misma alcoba matrimonial, sin ocultarse nada la una á la otra.

Al principio Antúnez sufrió un ataque de celos salvajes: ya no estaba limpio de nubes el cielo de su dicha conyugal. Su mujer, su honrada Rosalía, era una de tantas cocineras del amor que ponen el fuego y el condimento al mismo tiempo para la confección del plato famoso. El tiempo, que todo lo calma, trocó su ira en resignación; menos mal, aquél derivativo de las ansias carnales de su amada, la ahorraría buscar otros derivados

que sólo en el hombre puede encontrar la mujer.

Esta idea le consoló, le hizo mirar hasta con cierta simpatía la perversión sexual de su consorte, y le permitió volver á ser feliz con la relativa y condicio-

nada felicidad que cabe en este bajo suelo.

Sólo que, pasó el tiempo, y á los seis meses, Rosalía no pudo más, y tuvo que confesar á su marido la verdad: dentro de tres meses iba á ser madre, y él sería padre, lógicamente pensando.

Se acordó primero Antúnez de los fenó-



*El caballero.*—¡Ay, señorita, usted perdone que me haya equivocado de puerta y la haya hecho salir tan desnuda!

*Ella.*—¡Ay, no, señor, si me he puesto la camisa para salir!

menos de la generación de que nos hablan los libros de fisiología, pensó en un raro extravío de la naturaleza, en una monstruosidad inexplicable... Y no se le ocurrió pensar en un primito que Carmen tenía, hombre complaciente que Rosalía conoció en casa de su amiga, y que fué el verdadero extravío.

—¿Quién iba á pensarlo? — se decía Antúnez lleno de confusiones.

¡Iba á tener un hijo! Por mucho que se forzaba no podía llegar á sentirse padre.

Joaquín BELDA

## ¡No me beses!

Sóle te exijo, mujer,  
que sobre el impuro lecho,  
mi deseo satisfecho  
deje tu falso querer,  
que tu ciencia en el placer,  
convierta el mío en un hecho  
y tras un abrazo estrecho  
cese mi sangre de arder.

Mas no, causándome agravios,  
quieras besarme en los labios,  
porque no te pido eso...  
¿Te ríes?... Es natural...  
¡qué sabes tú, flor del mal,  
lo que es en mi boca un beso!

Rodolfo GUILLAMÓN



—Ande, sé complaciente, llévame á nuestro hotelito de la Guindalera.

*El.*—Pero, mujer, si es que en cuanto llegamos quieres venirte en seguida sin darme tiempo ni para respirar, y yo no estoy para esos trotes.

¡¡ Vaya usted á los bailes de la Zarzuela!.

**En el café de** Yo tengo un  
**San Millán** amigo escri-  
 tor, que tiene  
 a tantagala el  
 ser informal como el saberse de memoria  
 todas las poesías de Paco Villaespesa.  
 Pues bien, este amigo, cuyo nombre re-  
 servo, me citó hace bastantes días en el  
 típico café de San Millán, que como el  
 lector sabe, es bolsa de contratación don-  
 de los traginantes y acaparadores de la  
 Cebada hacen sus operaciones—, y allí

bien. Les vió; se bajó y les dió pa el pelo.  
 —¡No digas burrás! ¿Con qué derecho?  
 ¡Dil! ¿Con el de esposo adornaos? No, por-  
 que ya se habían partío los trastos. ¿Con  
 el del deshonor coletivo? ¡Quái! Ca uno  
 tiene su honor y el honor mío no pué ser  
 de mi padre, ni el de mi mujer el de mi  
 agüela, ni el tuyo el de tu mujer, por la ra-  
 zón de que su corsé no te sirve á ti, ni á  
 ella tu chaleco.

—¿Pero el honor es un chaleco, Meterio?  
 —Sin botones y menos si se quiere.

### FALTA DE TACTO



La novia.—¡Uy, qué delgada es la tela de tu pantalón! ¡qué delgada!...

El novio.—¿Delgada has dicho? Niña, tú no sabes lo que tocas.

me tuvo más de una hora en paciente es-  
 pera, hasta que cansado de aguardarle,  
 decidí *levantar el sitio* y buscar distrac-  
 ción en otro lugar más de mi gusto.

Si dijera que la espera se me hizo lar-  
 ga, mentiría como un bellaco, la pasé muy  
 distraído ¡palabra!

En la mesa contigua á la que yo ocupa-  
 ba, dos hombres del pueblo charlaban, y  
 discutieron después, un tema vulgar, pero  
 interesante. Fué ello. Pero no, es preferi-  
 ble escucharles.

Uno de los hombres, rubio y gordo, con  
 aspecto de carnicero, decía al otro, gordo  
 también, pero moreno, lo que sigue:

—Mira Meterio; el marido ha hecho

¡Tendrá gracia! Si ro-  
 bas tú un reloj, vas á  
 la cárcel ¿Eh?

—Si me cojen sí.

—Pues bueno. ¿Qué  
 tié que ver tu mujer y  
 tu chico con la acción?  
 Na. ¿No es eso?

—Sigue...

—Y, sin embargo, tú  
 dirías. ¡Ay mi madri-  
 na que te deshonoras á  
 la familia!

—¡Claro!

—Oscuro. Ni tu fa-  
 milia tié que ver con  
 tu acción, ni tu con la  
 acción de tu familia.

—Pues yo, dispensa;  
 si mi mujer me faltase,  
 la linchaba.

—Yo la ponía en la  
 perra calle.

—¡Arrastraba tu  
 apellido!

—La arrastrá sería  
 ella ¡créeme á mí! Si la  
 cogía en el infraganti,  
 puede que la diese una  
 manguzá.

—¿A éi?

—¿A éi? Na. Las gracias. ¿Te parece  
 poca economía? Modista; zapatero; peina-  
 dora; un estómago menos...

—¡Un tiro en la cabeza á ca uno!

—Y luego, viudo y esposao. ¡Qué gustol  
 ¡Tíes ca salida, galán, que da hipol

—Mira; yo no sé de palabras como tú,  
 pero yo pienso, que la mujer de uno es  
 sólo de uno; vamos, como una alheja...

—¡Con dientes!

—Déjame continuar. Y si un ladrón vie-  
 ne y te quita la joya ¿qué harías?

—No dejármela quitar.

—¿Y si te la quitaba?

—Llamaría á los guardias.

—¿Y si te la quitaba y no lo veías?  
 —Me compraba otra. Lo mismo que haría con la mujer; otra al canto si la segunda me salía infiel...  
 —No pensamos igual.  
 —Hace mucho rato que lo sé. Pa ti sería una desgracia mu grande el que tu parienta se enamorase de otro, pa mí, no. Si no me quería, hacía muy bien en engañarme.  
 —De modo, que tú, si un desahogao se metía en tu huerto...  
 —Mira, Nicasio, pa arrematar. ¿Sabes

Púsose la espléndida mujer, casi fiesto á mí. Desde mi sitio la veía en un bello escorzo. Su perfil se destacaba en el rojo terciopelo del diván cercano.

He de confesar que me gustó mucho y he de confesar también que la miré «desafiador».

Los hombres que tan ariscos fueron en la discusión, ahora hacían cuentas amigablemente.

A mis miradas fue correspondiendo la moza, y ya fueron mis labios modulando frases mudas que ella oía perfectamente.



tú mi acción si Felipa, mi costilla, me dijera: «Oye, Meterio, he visto á un mozo que me gusta más que tú?»

—¡Yo la molial!

—Yo la daba suelta y las gracias. Ni tú ties derecho á la vida de nadie, ni las balas s'han hecho pa matar mujeres.

—¿Pa qué s'han hecho?

—Pa pegarse un tiro en la cabeza uno mismo el día que no sirve uno pa ná.

—Eso es de otro negociao, pero... calla que viene mi mujer y no la gusta que s'hable de crímenes.

En efecto, café adelante vino hasta la mesa de los *ataloguistas* una real moza de rosada cara, andares juncales y ojos muy negros.

—Aquí me tienes, ¡buenas tardes!

—Hola —respondió el amigo.

—Es usted muy bonita para ser esclava de un despreciable tocinero.

—¡Gracias! —respondió su mirada.

Insistí. Con pretexto de hallar más cómoda postura. gané terreno en dirección de ella. Los hombres seguían calculando; nosotros *queriéndonos* ya un poquito.

Mi bota fué en busca de su zapato, que pareció de imán, pues vino al encuentro de mi bota.

Yo estaba nervioso. De buena gana hubiera exterminado al amigo filósofo y al esposo, bárbaro. Hice de un periódico pantalla y la *marqué* un beso. Una sonrisa y unos dientecitos mordiendo una copa me animaron... Me acerqué más; ella más á mí, y ya mis dedos buscaban los suyos, cuando el amigo, *séase* Nicasio, nos *filó*, sonriente.

Ella se puso roja como una granada y bajó la vista al suelo. Entonces, viendo mi juego descubierto, no tuve otro remedio que pagar y salir á la calle; pero como aquella mujer me gustaba mucho, y tenía la certeza de que yo no la era indiferente, esperé á que saliera y la seguí...

Noches pasadas, soñé con ella, y en sueños vi al esposo ofendido, disparando



—¡¡Qué tamaños!! ¡¡Qué atrocidad!!

su revólver sobre mi corazón. ¡Cuánto sufrí! Pero mi sufrimiento duró poco, á la mañana siguiente, supe que el hombre gordo y rubio, era confiado y bonachón, y supe también —esto es muy importante— que jamás ha usado armas defuego.

Así me lo ha jurado, solemnemente, después de un beso, su propia mujer.

Fernando MORA

Leed en EL LIBRO POPULAR

Historia de una peseta  
contada por ella misma

novela completa por  
ANTONIO M. VIERGOL

20 céntimos

## Epílogo

La luz tenue del día que comienza por las rendijas del portón ha entrado y lenta, vagamente, con vergüenza hasta el lecho de amor se ha deslizado.

Palpitante tu carne todavía, tras un momento ardiente y venturoso, ha descubierto cómo se movía tu pecho en ritmo dulce y candencioso.

Tu mano, sabia al tacto de la amante, ha llegado á mi nuca á descansar y ha caído mi cuerpo en enervante desmayo de supremo bienestar.

Y he sentido llegar hasta mi frente los labios de tu boca perfumada, y he cerrado los ojos mansamente, como si recibiera unción sagrada.

Enrique BOHORQUES

## Letrillas clásicas galantes

«Travesilla ha salido  
mi Magdalena,  
pero no es la primera  
ni la postrera.»

Parió un niño como un oro  
habrá poco más de un mes,  
y con ser común de tres  
á todos guardó decoro.  
Sacó un pedazo de moro  
y el otro de italiano,  
lo demás de castellano,  
que así fué la sementera.

«Pero no es la primera  
ni la postrera.»

A nadie se muestra ingrata,  
que como le hagan la costa,  
corre mil veces la posta,  
del camino de la Plata.  
Brevidad con todos trata  
por volverse á la posada,  
que posta desocupada  
nuevo caminante espera.

«Pero no es la primera  
ni la postrera.»

Con personas principales  
de palacio ó clerecía

## UNA OBSERVADORA



—Qué aseadito eres, minino ¿usas papel higiénico?

gastas coronas de día  
y de noche gasta reales.  
Todo va por sus cabales:  
que al más duro en el gastar  
para obligarle á sacar  
ella busca la manera.

«Pero no es la primera  
ni la postrera.»

Tomé HERNÁNDEZ

## Pasionata

Nena mía, tus lunares  
me ponen loco y en celo,  
y el ritmo de tus andares  
y la mata de tu pelo.

No me mires, negra mía,  
porque en la locura friso.  
y me sumo en la agonía  
de un hondo anhelo impreciso

que no sé si es ansia loca  
de morir bajo tus besos  
ó de macerar tu boca  
contra mis labios obsesos;  
ni si es querer que la alzada  
pompa de tu terso seno,  
sea siempre la almohada  
de mi ensoñar de agareno,  
ó que de pasión erguidos  
tus pechos de carne dura  
se estremezcan encendidos  
de una sensual calentura...

Negra mía, estas quimeras  
y estas locuras soñadas  
van dando á mi cara ojeras,  
hondas ojeras moradas.

Como las que yo entreveo,  
trazadas por el deseo  
de algunas noches febriles,  
dando á tu cutis hebreo  
cárdenos tones sutiles;  
como las que yo adivino  
de un anhelo insatisfecho

en tu rostro terso y fino  
cuando abandonas el lecho.

De tu carne y de tu vida  
tengo el ansia loca yo,  
y de morir de una herida  
que me inflera tu pasión.

N. Hernández LUQUERO

Estamos verdaderamente pre-  
ocupados con nuestro Almanaque.  
Es demasiado bueno.

Agentos exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

## IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con  
las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.  
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

## SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas  
higiénicas que vende

## LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

## TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron . . . . . 3 pesetas.

Los quince goces del matrimonio. . . . . 1 "

Misterios del lecho conyugal. . . . . 0,50 "

Se envía á provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para  
franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CIN-  
CO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jaco-  
metrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

## Almanaque de "La Hoja de Parra"

Está en prensa un Almanaque en el que los chicos de LA HOJA DE PARRA nos  
proponemos hacer verdaderas locuras.

Escritores como Dicenta, Répide, Cristóbal de Castro, El Sastre del Campillo,  
Francés, Diego San José, Carrere, Bejatoano, Carlos Miranda, F. Periquet, Asensio  
Más, López de Haro, Gil Asensio, Jerónimo Gómez, Cantó, César Jalón, J. Acedo y  
otros muchos indocumentados, han enviado regocijantes artículos y poesías.

Artistas como Julita Fons, la Fornarina, Pastora Imperio, Tórtola Valencia, La  
Goya, La Maravilla, Pepita Sevilla, Raquel Meller, La Argentina, Blanca Stella, Elvira  
Ferrero y Vicenta Vargas, cuentan desde El Confesionario sus intimidades y aven-  
turas amorosas.

De los monos y fotografías se han encargado los pobrecitos Iovar, Demetrio, Cy-  
rano, Robledano, Marín, Galván, Acedo, Ciria, Walery, Alfonso, Kaulac, Enrique,  
Calvache, etc.

Nuestro Almanaque irá impreso en papel «couché», la portada y contraportada se-  
rán dos tricolores estupendos, tendrá una barbaridad de hojas y costará...

No queremos decir lo que costará para que la sorpresa y agrado del público sean  
mayores.

**Costará una pequeñez**